

El Eco de Cartagena

Diario decano de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

Las víctimas del espacio

De vez en cuando, pero con relativa frecuencia, la crónica negra apunta en sus listas una nueva víctima de la navegación aérea.

El reino del espacio defiende su independencia y su inviolabilidad domiciliar, con más empeño y con más constancia que ningún otro reino. Menos trabajo costó, quizás, conquistar en el nuevo mundo el imperio de los aztecas, y aun conquistar el imperio mismo del mar, que lo que está costando conquistar ahora el imperio del espacio. La resistencia que las ondas marianas opusieron a las primeras naves que las surcaron, no guarda proporción ninguna con la que opone el espacio a los que pretenden escudriñarlo.

En el reino del espacio un reino virgen que se resiste a ser conocido. Los más colosos y entusiastas de sus amantes, son sus primeras y favoritas víctimas, pues apenas empiezan a entregarse a la voluptuosidad de sus caricias y de sus juegos, cuando pagan con la vida su confianza y su cariño.

Recorrid los anales, casi inéditos todavía, de la navegación aérea y apenas tropezará en ellos con el nombre de un héroe que no sea a la vez un mártir.

Pero ni las traiciones del espacio, ni la sangre de los mártires han detenido a la humanidad en su anhelo conquistador. Como si fuera la tierra poco espacio para ella, después de que ha conseguido también dominar el mar en su superficie y en su profundidad, se lanza ahora con inaudito empeño a la conquista del espacio, sin que le arredren ni la detengan las dificultades de la empresa.

Como nuevas huestes de Hernán Cortés, las huestes aviadoras, parecen decididas a quemar voluntariamente sus naves antes que dar un paso atrás, y a pesar de las resistencias con que tienen siempre que luchar, es, en medio de todo, la conquista del espacio la que más avanza y la que más rápidamente se hace.

Es indudablemente que el espacio ejerce sobre sus amadores una especialísima fascinación. Vencer al espacio es no solo vencer al espacio, sino también vencer al tiempo. Y el espacio y el tiempo son precisamente las dos limitaciones que más recortan y empujeñan la naturaleza humana. Sin la limitación del tiempo seríamos tan grandes como los espíritus puros, tan perfectos como Adán antes de su primer pecado.

Tendemos, pues, por instinto hacia arriba y queremos despojarnos de las ligaduras del tiempo y del espacio que nos sujetan a la tierra. Por eso las dificultades no nos arredran y a pesar de la muerte y a pesar de los desdenes con que el espacio responde a todas nuestras solicitudes, seguimos volando, siempre volando.

Más que el amor al progreso material, parece que es una especie de extraordinaria espiritualidad la que nos impelo a volar.

Por una extraña paradoja de nuestra particular idiosincrasia, cuando el espíritu corrompido se apega a la tierra, es el cuerpo el que se empeña en despegarse de ella.

Huir de la tierra y acercándose al cielo! ¡Qué símbolo más hermoso es el que se encierra en el arte de la navegación aérea!

Pero no ha llegado todavía la hora de que escalemos aquellas altas esferas, y los aviadores de hoy, como ayer los constructores de Babel, cuando crean muchas veces que van a tocar el cielo con las manos se estrella dolorosamente contra el suelo.

No importa, sin embargo, que seamos pequeños en nuestras fuerzas, si somos, por lo menos, grandes en nuestras aspiraciones.

De Sociedad

Notas varias

Con toda felicidad ha dado a luz una preciosa niña la distinguida esposa del joven oficial de Teléfonos Interurbanos don Carlos Robiou. Euhorabuena.

Enfermos

Se halla un poco mejorada, dentro de la gravedad, la monísima niña Emmita Pina Zaplana, hija del Concejal del Excelentísimo Ayuntamiento, don Gregorio.

Letras de luto

En la capilla del Sagrado Corazón de la parroquia de Santo Domingo, se ha celebrado hoy la Hora Santa en sufragio de las almas del Excelentísimo señor Vicealmirante don Emilio Guitart Savona y su hijo don Emilio Guitart de Virto, asistiendo al piadoso ejercicio numerosos amigos de los finados.

Reiteramos a toda la familia nuestro sentimiento por tan dolorosas pérdidas.

Para EL ECO DE CARTAGENA

CANTARES

Un día de tempestad,
me juraste eterno amor...
como el viento era tan fuerte,
el viento se lo llevó.

En este mundo falso,
do solo hay calamidades,
Madre, Dios, Amor y Muerte,
son las únicas verdades.

Envidio a mi pensamiento,
pero, no te rías de mí...
envidio a mi pensamiento,
porque se halla junto a ti.

¡Dulce suspiro del alma,
que sales del pecho mío...!
quisiera constantemente,
hallarme donde te envío.

Luisa Carnés

Madrid.

LOS FESTEJOS

El castillo de fuegos acuáticos

Creando el público que iba a ver un buen castillo de fuegos acuáticos, como en años anteriores ocurría, llenó todas las sillas y tribunas colocadas a lo largo del Muelle de Alfonso XII.

Otra buena parte de él ocupaba la Muralla, rompeolas de Curra y Navida y alturas del Chalet y San Pedro.

Todos quedamos obnubilados, pues el castillo que el señor Arnal, pirotécnico de Valencia, se trajo, es de lo más malo que hemos visto.

El público tocó palmas de chunga y los demás silbaban cada vez que subía al espacio uno de aquellos veintidós mil cohetes que tiró, todos iguales. ¡Qué pesadez!

Para esta noche

Como tenemos anunciados, a las diez saldrá del Parque la Cabalgata cívica militar, festejo con el que cerramos la temporada de 1922.

La huelga

de Correos

Prosigue la anomalía en esta central de Correos.

Hoy solo llegó la prensa de Madrid, que fué repartida. Las cartas y demás correspondencia no ha llegado, ocasionando esto un trastorno perjudicial, muy en particular para el Comercio.

La actualidad novelada

El hermano mayor

Desde Argentina, donde residía, fué a descansar a Hispanilla el ilustre Marcelote, muchacho talentado y laborioso, que pareciéndole estrechos los horizontes de su patria, marchó a la ciudad del Plata a conquistarse nombre y porvenir.

Y á fé que lo consiguió, pues a los pocos años de estar allí, logró, a fuerza de trabajo, una fortuna, y por sus relevantes virtudes olvícas, el cargo de consejero municipal.

En Hispanilla tenía a su anciana madre, viuda, y a una porción de hermanos que vivían a costa de aquélla, en el mismo domicilio, en perpetua discordia, unas veces por celos, otras por pequeñas ambicionillas y otras, casi todas, por falta de seria ocupación.

La pobre anciana, con incansable júbilo, recibió a su hijo mayor, preparándole habitaciones independientes, limpias como el Sagrario de un convento de monjas.

Ya estaba largo rato en su casa, hartándose de besar a su madre, cuando aun no habían bajado a saludarle dos de sus hermanos.

—Los pobrecillos, como traseochan... ¿no sabes? Uno es periodista y el otro intelectual.

—Me parece muy bien, que duerman, que descansan—dijo Marcelote.—¿Y vosotros, en qué os ocupáis?

Callaron los aludidos, pero uno de ellos le contestó que era novelista, el otro que poeta lírico.

Yo soy soldado de cuota. ¿No te acuerdas que enviaste el dinero para ello?

—Y tú, pequeño—preguntó al que permanecía callado,—¿en qué te ocupas?

—Se ha empeñado en ser torero, —Ya sé hacer verónicas, medias verónicas, reboleras, faroles.

Estando en esta conversación, entraron sofocientos y maltrechos el periodista y el intelectual. El primero llevaba un ejemplar de su periódico en la mano. Después de los saludos, Marcelote quiso leer algo escrito por su hermano.

—Mira, el fondo de hoy es mío.

Marcelote leyó tal serie de injurias a Hispanilla, que arrojó con disgusto el periódico.

—¿Qué significa ese gesto?—le preguntó el intelectual.

—Significa que no puedo tolerar que insultes a la patria.

—¡Ah!, pues ya oírás lo que diga yo en la Argentina cuando vaya.

—Ni lo oírás ni lo dirás, porque haré que te expulsen. ¡Ven acá, tú, señor soldado: ¡cuando tirás de las orejas a Abd-el-Krim?

—Mira, chico, yo, la verdad, soy derrotista; aquello hay que abandonar, no tenemos resistencia para ello.

Nueva indignación de Marcelote, que llegó a su colmo cuando el novelista le entregó un ejemplar de su última obra, titulada: «Lamparillas de alcoba».

—Madre—dijo con tristeza el hijo mayor.—¡Te compadezco! Mis hermanos no varían.

LEVANTINO

FINO COQUIN

Jerez natural

Selección especial. El más fino y el más selecto

IV ANIVERSARIO
D. O. M.
Rogad a Dios en Caridad
por el alma del señor

Don Pablo Alfonso y Güell

ABOGADO
que falleció el día 9 de Agosto de 1918

confortado con los Santos Sacramentos y la Bendición de S. S.

R. I. P.

La Hora Santa que se celebre el día 9 de Agosto de 1922 de diez a once en la sagrada Iglesia del Santo Hospital de Caridad; la misa que se diga el mismo día a las siete en la capilla del Santísimo Cristo del Socorro, en la Catedral Antigua; la que digan a las 9 en la Rectoría de Santa Ana y la que digan a las diez el día 10 en la Capilla del Cementerio de Nuestra Señora de los Remedios, serán aplicadas por el eterno descanso del alma del finado.

Su viuda doña Carmen Mellado, madre política doña Adelaida Lanza, hermanos doña María, Marquesa de Güell y don Julián, Conde de Casimar, hermanos políticos y sobrinos, suplican a V. tenga presente en sus oraciones y asista a tan piadosos actos por lo que le quedarán eternamente agradecidos.

Cartagena Agosto 1922.

Varios Excmos. Prelados han concedido indulgencias en la forma acostumbrada.

CUENTECILLOS DE MI TIERRA

Uno más o menos

Maruja la «Trinitaria» era una de las mujeres más bonitas y más graciosas que han nacido en la feligresía de San Pablo.

Los años van haciendo en ella sus estragos, y ya no es aquella pizpireta muchacha que era a ma de todas las fiestas, ídolo de todos los mozos, tortura de viejos verdes y gala de su barrio donde la miraban con envidia las mujeres, aunque confesando que era una real hembra. Tenía los cabellos castaños, separados en rizos ondulantes, que formaban marco a su rostro, blanco como la nieve. Dos rosas de mayo parecían transparentarse en sus mejillas, y el movable hoyuelo de su barba, de irreprochables líneas, era sepultura de suspiros y deseos. Recordaba su nariz las griegas escultoras, había en sus ojos tesoros de dulzura, atracciones de ímán y relámpagos de luz que deslumbraban, y sus manos y sus pies no desmentaban la fama que en ese punto tiene concedida a la mujer madrileña.

Así, no era extraño que, al pasear las calles del barrio, o lucir su garbo en las Cruces de Mayo, se oyeran los requiebros y las alabanzas como si se disparasen por descargas cerradas.

Como antes la llamamos, el tiempo es un cruel enemigo de la belleza, y cuando Maruja cumplió los 30, solo residuos tenía de aquella belleza tan codiciada. Es verdad que a los 19 años se casó con un carnicero que se le daba de buen mozo, pero que era un gran sinvergüenza, lleno de vicios y no bien visto de la policía. Maruja fué madre de cinco chicos, y además pasó las grandes fatigas soportando a su marido, pues casi todas las noches venía borracho a su casa, provocando escándalos y cuidándose poco de conservar la corte hacienda que de sus padres heredó.

Trabajo me costó reconocer a Maruja, cuando, después de diez o doce años de no verla, la encontré en la estación de Antequera, que regresaba a Málaga, después de haber pasado unos días con una hermana suya.

No pude menos de recordar los veranos de Campomar, y recordar:

—¡Dios mío! ¿Y ésta es aquella? Casi seguro que ella también se des-

—¡Dios mío! ¿Y éste es aquél? Busqué un sitio en el vagón donde ella se había acomodado, y empezamos a charlar. Me contó toda su historia, pero pude apercibirme que estaba convertida en una mujer ordinaria, que su conversación era vulgar y sus maneras nada finas. Se había contagiado de la escasa educación de su marido y del trato con gente de baja estofa.

Su equipaje se componía de una infinidad de llos, de una liebre muerta, que chorreaba sangre, manchando el coche, y de un saco de remolachas, que incomodaba a todos los pasajeros.

Como apéndice llevaba también un perro negrucho, sucio y feo, que escondió bajo las tablas del asiento y que no hacía más que gruñir.

En la estación de Gubantes subió un revisor, que empezó a reconvenir a Maruja por traer la liebre y el saco, pues no podía permitirlo.

En esto el perro, al recibir un piatón de un viajero, lanzó un gruñido enorme.

—¿Qué diablos lleva usted escondido?—preguntó el revisor.

—Nada, nada... un cachorro de un amigo.

—Bueno, un amigo que gruñe. —Diré la verdad; es un perrito muy pequeñillo, que me acompaña siempre.

—Pequeño o grande, el Reglamento lo prohíbe. Para eso está la gaceta. Al llegar al Chorro, lo baja usted y paga la multa.

—¿Yo tengo que pagar multa por culpa del perro?

—Naturalmente.

Entonces Maruja se echó a llorar, y en tono suplicante, exclamó:

—Por Dios y por la corte celestial, no me eche usted multa ni me quite el perro. A onde vamos tantos, ¿que más dá un animal más o menos?

NARISO DIAZ DE ESCOVAR.

JUNTA de Protección a la Infancia

Número premiado hoy

116